

Arcadio Lobato



Yo era un niño que creía que el mundo adulto era ordenado, lógico y luminoso.

Mis primeros recuerdos se refieren a la luz. Recuerdo por ejemplo, la luz intensa del Madrid de los últimos años cincuenta. O cuando mis abuelos me llevaron a Archena, y pasamos aquel día en el campo, entre limoneros, y al llegar la noche salieron las estrellas. O los atardeceres en ese valle mágico de Gredos donde pasaba las vacaciones y cuyo paisaje organizado, ajardinado, puede abarcarse con la vista mientras cambia el color del día.

Al llegar la noche, junto a la fuente, contaba historias improvisadas a mi pandilla. Nunca supe, aún no lo sé, cómo venían los argumentos a mi cabeza, pero ¿qué más daba?

Tampoco sabía por qué mi mano sabía dibujar. Pero de ella salían rasgos de caballos, castillos y aventuras que me proporcionaban la estupenda sensación de ser popular entre mis amigos. A ellos les gustaban mis dibujos, pero yo quería pintar cosas aún más extraordinarias: aquellos efectos de luz que no pueden explicarse con palabras, que me conmovían y que algún día esperaba poder representar.

Yo era un niño pues, que jugaba entre otros niños, que inventaba historias y las dibujaba. Ese era yo, el dibujante, el contador de cuentos.

No os aburriré explicando las dificultades y los problemas de mi adolescencia. Los resumiré diciendo que paulatinamente comprendí que el mundo adulto era desordenado, ilógico y lleno de sombras.

Mis amigos fueron creciendo, haciéndose mayores. Ya no tenían tiempo para sentarse junto a la fuente a escuchar mis historias. O estaban demasiado ocupados para celebrar mis

dibujos de caballos, castillos y aventuras.

Pero mis amigos adultos tuvieron niños.

Entonces todo empezó a tomar sentido para mí.

Mi mano sabía dibujar para divertir a una nueva pandilla, y en mi cabeza seguían forjándose aventuras para entretener a estos nuevos amigos. Y entre aventuras, se organiza el mundo, se hace abarcable, comprensible, tolerable.

Y me hice lo suficientemente adulto para aprender bien mi oficio, para educar mi mano. Por fin, la paciencia me permitió ofrecer a los demás aquellos efectos de luz que me conmovieron en mi niñez.

Así, un día escribí un cuento fantástico y pinté en él un niño mirando la luz poniente en un charco de la meseta. Quien conozca ese dibujo verá en él mi autorretrato.

Algunos niños de mi generación hoy son hombres y mujeres que luchan en el mundo, que trabajan duramente, que construyen el futuro, que actúan en la realidad.

Para ellos, para sus ojos de niño y para los niños que han ido llegando, yo tengo el privilegio de actuar en la fantasía, de crear historias. Sigo pues,

gracias a vosotros adultos de mirada infantil (anhelante de sentido y aventura), haciendo lo mismo que entonces.

Soy, por todo esto, un adulto-niño que juega con otros adultos-niños, que inventa historias y las pinta. Ese soy yo: el dibujante, el contador de cuentos de una pandilla mucho más grande de lo que jamás pude soñar. Por lo que no tengo más remedio que daros las gracias con todas mis fuerzas.

Bibliografía (selección)

El hombre de la lluvia, Altea, Madrid, 1983.

Un millón de cuentos de una niña fantástica, Altea, Madrid, 1986.

El valle de la niebla, SM, Madrid, 1987.

El mayor tesoro, SM, Madrid, 1988.

El toro fiel, Debate, Madrid, 1989.

La bola de cristal, SM, Madrid, 1989.



Aradio lobito 71